



# Señor, Si Quieres

*por Esdras Nehemías Monroy C.*

Vivimos en la época de las exigencias. Los empleados exigen del patrón una y otra prestación. Los patronos por su lado, quieren que los empleados trabajen todo el día aun con horas extras, y en algunos casos, con sueldos muy bajos. De ahí se ha formado una controversia entre empleados y patronos, hasta tener resultados trágicos. También, tenemos otro caso muy triste por cierto, como son las exigencias de los hijos para los padres. Quieren que se les cumplan todos sus deseos, que se les deje vivir a su manera y que no se les llame la atención para nada, peor si se les castiga. Parece que en este tiempo, el papá tiene que escuchar las órdenes de los hijos y no el hijo obedecer las del padre.

Claro que, nosotros los cristianos estamos conscientes que todo lo mencionado va en contra de lo establecido por Dios y su Santa Palabra. En Efesios 6:1-9 está la norma, la regla que debe regir la actitud de los hijos con los padres, y de los padres con los hijos, de los patronos con los empleados y viceversa. Pero por desconocerla algunos y desobedecerla otros, nos vemos rodeados de exigencias, exigencias y más exigencias.

Pero todo lo dicho, es sólo para hacer notar una cosa, y es la siguiente: Esta mala costumbre se da en “el pueblo de Dios.” Parece que hemos llegado al tiempo cuando nosotros hemos tomado la “jefatura” y Dios la posición de siervo. Ya no se oye clamor como el de los siervos del Antiguo Testamento: “O Dios, acude a librarme;” “Dios tenga

misericordia de nosotros;” “Oye, O Dios, mi clamor;” o “Escucha, O Dios, mi oración.” Nuestra forma de pedir no es con la norma establecida por nuestro Bendito Salvador: “Sea hecha tu voluntad y no la nuestra,” sino invertido: “Hágase nuestra voluntad.” De ahí que no es raro oír exigencias como estas: “¡Ahora mismos, Señor!” “¡Hazlo en este momento!” “Somos tus hijos y tenemos derecho de reclamarte.” Hasta que uno de nuestros pastores de Guatemala dijo: “Si tú no sanas a mi esposa, ya no te sirvo.”

“¡O! queridos hermanos, que Dios nos ayude a recordar siempre que Dios todavía es soberano, Rey de reyes, Señor de señores, y que siendo así, cuando necesitemos algún favor de él, debemos ir como el leproso, postrándonos a sus pies y diciéndole “¡Señor! Por tu infinita misericordia.” Que Dios es todo amor, es cierto pero toda la potestad le pertenece. Nosotros seguimos siendo siervos, todavía. No somos “señores”. No vengamos con exigencias delante de él, sino con clamor y humillación ante aquel que es el dueño de todas las cosas. ¡Aleluya!

“A él sea la gloria en la iglesia. En Cristo Jesús.” Amén.